



Soljenitsín, un «rusista».

se le impida vivir con su mujer y a un padre con sus hijos; no lo comprendería si no tuviese una larga experiencia de que ni una ni otra de estas consideraciones existen en nuestro país».

No son, repitámoslo, estas protestas o estas posiciones las que más llaman la atención de los observadores de la política soviética, sino el hecho de que existan. La realidad es que las obras de los autores prohibidos circulan en ediciones clandestinas o en multicopistas hasta tal punto de que nadie realmente interesado en ellas las ignora, como circula la famosa «Crónica de los acontecimientos actuales», que lleva ya publicados 28 números clandestinos, o los libros editados en el extranjero con falsos pies de imprenta soviéticos, que entran con gran profusión en el país.

La idea de que la policía soviética es la más eficaz del mundo y que la represión contra cualquier disidencia es implacable, no concuerda con esta situación de hecho. Es lo que hace pensar que hay una tolerancia y que esta tolerancia tiene unos fines determinados: bien la de poder mostrarla en la conferencia de Helsinki,

bien la de continuar abriendo un camino que se inauguró con la destalinización y que tiene sus altos y sus bajos, pero que parece claramente emprendido. Hace unos años nadie podría imaginarse que Soljenitsín o Sajarov podrían hablar con tanta libertad desde sus propias casas de Moscú. En tiempos de Stalin, ni se habría llegado a conocer su existencia fuera del país.

Sin embargo, oficialmente estas disidencias continúan explicándose como maquinaciones de los servicios secretos de países como Estados Unidos o como Alemania (ahora se dice solamente «desde el exterior») y sostenidas por el dinero zarista que continúan manejando las organizaciones exiladas. Hay en estos momentos un proceso en puertas, el de Yakir y Krasin. Será interesante ver lo que ocurre en él y cuál es el destino de los dos acusados de distribuir propaganda ilegal elaborada en el extranjero; de lo que se diga en ese juicio y de la sentencia podrán deducirse quizá cuáles van a ser los próximos pasos del gobierno soviético con respecto a la gobernación de su país.

■ JUAN ALDEBARAN.

ECOLOGIA

LOS DOS PROBLEMAS DE HOY

No escapa a casi nadie, ni a los propios biólogos, que la palabra ecología ha dejado de pertenecerles en exclusiva; ha abandonado las fronteras del léxico del especialista y se ha incorporado al lenguaje popular, con la consiguiente disminución de su precisión en favor de un aumento de su aplicación. Acuñada en un principio por el naturalista alemán Ernst Haeckel en 1870, como ciencia biológica del estudio de las relaciones de los seres vivos entre sí y con el medio ambiente, en un intento por proporcionar solidez científica a la antigua historia natural, es hoy «utilizada» y encontrada en seminarios, noticiarios, mesas redondas, discursos, propaganda publicitaria y promesas políticas. El fenómeno, de sobra conocido es interpretable desde varios puntos de vista, pero se puede intentar explicarlo aludiendo a dos causas: la primera, altruista; la segunda, nociva. De un lado, la entrada en España, con retraso considerable, del movimiento mundial que se alzó en favor de la defensa del entorno natural, provocó la adhesión inmediata de grupos entusiastas que tomaron sobre sí la tarea de sensibilizar al país. Otros sectores, en cambio, apreciaron esa masividad de un modo bien distinto, más utilitarista y oportunísticamente.

Los ejemplos podrían multiplicarse, pero no es mi intención estudiar aquí el complejo fenómeno sociológico de la repentina toma de conciencia del hombre hacia estos problemas que, por otra parte, no son nuevos, aunque alcancen hoy su máxima virulencia. Ni tampoco analizar hechos tan sorprendentes como el de que se haya encontrado en la problemática ecológica un medio de diversión (en el sentido táctico) u ocultación de las causas inmediatas de muchos graves problemas humanos, entre los que se encuentran, paradójicamente, la propia degradación del medio ambiente. De ahí el favorecimiento de la proliferación de asociaciones proecológicas o proteccionistas (en realidad, a veces, protegidas), carentes de fuerza eficaz para combatir de raíz los desmanes ecológicos, sin negar su beneficio como fuentes informativas o de concienciación masiva.

De acuerdo con un dicho común en los Estados Unidos (cito aquí al ecólogo Kormondy), las tres «P» son las grandes amenazas de la Humanidad: Pollution, Population and Poverty, esto es; contaminación, población y pobreza. Las dos primeras entran de lleno en la competencia profesional del ecólogo y las tres le afectan como persona.

La ecología no es, sin embargo, piedra filosofal alguna, mágico exorcismo contra los intereses particulares o el desarrollo mal planteado. (A nivel personal, los ecólogos están hartos de oír hablar de degradación del medio ambiente como un mal inevitable [?] ligado al progreso [?] industrial y al incremento demográfico.) La ecología es simplemente una rama científica interdisciplinaria como casi toda la biología moderna. Hablar de contaminación, de crecimiento de la población, de desaparición de especies, no es hablar de ecología o en ecología; es simplemente denunciar problemas que competen a la misma, dado su objeto de estudio, por lo cual es la encargada de suministrar base científica a los programas de lucha contra estas cuestiones que afectan a la calidad misma de la vida. La ecología es tan aséptica y libre de partidismos como lo pueda ser la etología —la otra rama polémica de la biología— o cualquier otra ciencia; pero es evidente que, tanto una como otra, pueden ser «utilizadas», porque ambas pueden decir muchas cosas al hombre de hoy.

La ecología tiene, por tanto, planteados dos problemas: el evitar y denunciar su manipulación con otros fines que no sean en defensa de esos naturales y comunes, y el más estrictamente profesional de la resolución del desastre ecológico. Los dos están íntimamente relacionados; el pesimismo me alcanza en ambos. ¿Los ecólogos tienen la palabra? ■ FERNANDO PARRA.

